

FIESTA Y EMBLEMA EN UN ENTORNO JESUÍTICO:
LAS FIESTAS DE CANONIZACIÓN DE SAN ESTANISLAO DE
KOTSKA Y SAN LUIS GONZAGA EN EL COLEGIO DE
MONTI-SION DE PALMA DE MALLORCA

MARIA GARGANTÉ LLANES
Universitat Autònoma de Barcelona

En el año 1727 y en Palma de Mallorca, el colegio jesuítico de Monti-sion (Montesión) celebraba la canonización de Sant Estanislao de Kotska y San Luis Gonzaga, así como la declaración de este último, acaecida en 21 de junio de 1725, como patrón de las escuelas de la Compañía de Jesús, del mismo modo que Benedicto XIII lo declaró también patrón de la juventud estudiosa.

Nuestra intervención se basa en la narración de dicho evento aparecida en la correspondiente relación impresa por Jerónimo Frau, impresor de la Real Audiencia. Esta se incluye en la tradición de «relaciones» o libros de fiestas, escritos mayoritariamente en prosa —aunque algunas descripciones son en verso— y que se caracterizan por la descripción minuciosa tanto de los actos festivos como de la decoración de los templos, calles y plazas, así como de las procesiones, carros triunfales y tabernáculos.

El carácter triunfalista, grandilocuente y monárquico que adoptó la orden jesuítica será terreno abonado para la profusión de detalles que las relaciones proporcionarán de los fastos que tendrán lugar en las beatificaciones o canonizaciones de sus propios santos. Entre los muchos ejemplos existentes, María Bernal da cuenta de las fiestas celebradas en Madrid después del anuncio que se produjo el 6 de abril de 1622 sobre la canonización de cinco santos: San Felipe Neri, San Isidro Labrador, Santa Teresa de Jesús, San Ignacio de Loyola y San Francisco Javier¹. Exceptuando al primero de estos, el resto eran todos ellos españoles, de los cuales además los dos últimos eran jesuitas. Las relaciones sobre las fiestas de beatificación o canonización de otros santos jesuitas serán abundantes, como la realizada en motivo de la canonización de San Francisco de Borja en 1671 y que en Barcelona tendrá consecuencias imprevistas, cuando presumiblemente los fuegos de artificio o algún cirio o vela encendido en el interior del templo provocaron un incendio que afectó gravemente a la iglesia, propiciando a su vez la construcción de un nuevo templo, la iglesia de Belén².

Por lo que respecta a la canonización de los dos santos que nos ocupan, San Estanislao de Kotska y San Luis Gonzaga, ocurrida ya al término del primer tercio

¹ Bernal, 2005-2006.

² Martí Bonet, 1993.

del siglo XVIII, las fiestas realizadas fueron notables en muchas ciudades españolas, de las que tenemos también sendas relaciones y estudios como los de M^a José Cuesta en el caso de Granada³ y Jesús Bravo Lozano en el caso de Salamanca⁴. En las fiestas mallorquinas del colegio de Monti-sion podemos identificar igualmente las distintas funciones que concuerdan perfectamente con aspectos esenciales de la cultura del barroco: en primer lugar, destaca la función de carácter intelectual, puesto que el lenguaje que a menudo se exhibía en las arquitecturas efímeras y decoraciones —mediante tarjones que contenían emblemas, epigramas u otras composiciones en latín— solía ser críptico, si bien de vez en cuando se intercalaba una coplilla en lengua vernácula, lo que contribuía a aclarar el significado de los otros textos. Así, según Reyes Escalera, en estas fiestas existían dos niveles de captación: el erudito y/o religioso, que se inclinaba por la contemplación de los jeroglíficos y actos de culto, y el más popular, que se divertía con los espectáculos más propiamente lúdicos⁵. De todos modos, se intentaba implicar a todo el mundo en la fiesta, a pesar de estar siempre regularizada «desde arriba».

Precisamente lo que queremos mostrar y defender es la utilización y la exhibición de la propia iglesia y su decoración vistos como emblema y como instrumento didáctico y de persuasión. En este sentido, a finales del siglo XVII los jesuitas habían fundado en Mallorca otras dos casas: el Colegio de San Martín, en la misma ciudad de Palma y el Colegio de Pollença⁶, por lo que Monti-Sion se había convertido ya en un poderoso núcleo de influencia cultural económica y en el «emblema» de la presencia jesuítica en Mallorca.

En esta línea de presentar al propio edificio como emblema, tampoco podemos obviar la incidencia de la fiesta del barroco en los sentidos, desde la vista al oído y al olfato. Es por eso que el artificio y los artefactos —palabra generada a mediados del siglo XVIII y que derivaría del latín «hecho con arte»— tienen una importancia vital en la época del barroco, como medio de transformación de la realidad y que en los interiores de las iglesias —ya de por sí fuera de la realidad— tendrán un papel harto significativo, desplegando un programa decorativo sin límites, que contribuía más aun a reforzar el carácter del espacio interior del templo como un símil de la «Jerusalén celestial».

Por ello no es gratuito que en la relación de dichas fiestas se insistiera constantemente en el hecho que los que entraban en la iglesia «ya llevados por la devoción a los santos, ya detenidos por el aseo y ornato, no acertaban a salir de ella». Así pues, la iglesia de Monti-Sion tenía los muros internos forrados de damasco carmesí «*que no se descubría una piedra*»; se recubrieron de terciopelo los arcos, cornisas, arquitrabes y pilastras. En el centro de la bóveda, entre arco y arco, había un gran «tarjón» con la cruz de San Juan y con las armas del fundador del colegio, Don Raimon de Veri Baylió. Reproducimos parcialmente la descripción de la decoración de la iglesia⁷:

³ Cuesta García de Leonardo, 1995, pp. 183-203.

⁴ Bravo Lozano, pp. 117-125.

⁵ Escalera Pérez, 1994.

⁶ Perelló Ferrer, 1985.

⁷ *Relación de las fiestas con que el Colegio de Montesión...*

En cada meridional recto y diámetro de la misma bóveda se veían dos grapas con sus ramos, arrimadas al arco, artificioamente retocadas de oro y plata. Adornaban la luneta diferentes vistosos ramos dorados, y entre ella y el rebanco de la cornisa, una espaciosa ventana con estípites, cornisas y su remate, que mantenían dos tarjetones con sus molduras y zócalos, en que retribaba su orla y demás adorno, todo retocado de oro, que hacía resaltar a los cristales, tan bien imitados, que sin impedir la luz, deslumbraban la curiosidad de quien quería con atención certificarse de si era realidad o ficción primorosa del artificio. En la moldura del rebanco se veían a trechos con simétrica disposición varios ramos con sus perfiles de oro y plata.

Por encima del arco toral que da paso al presbiterio, revestido también de damasco carmesí, se dispuso un Nombre de Jesús rodeado de rayos que coronaban el escudo de armas del pontífice Benedicto XVIII, al que se entrelazaban los escudos de las casas de Gonzaga y Kotska, todo adornado con ramos, hoja, flores y frutas, así como recubierto de oro y plata:

Este primoroso enlace llegaba hasta el arco, que definía con una grapa, de que se prendían unos festones colgantes de diversidad de flores y frutas que formaban el mismo arco y baxaban hasta encontrarse con otros semejantes colgantes desprendidos de una tarjeta que estaba en medio de la cornisa, entre pilastra y pilastra, a quien servía de capitel otra tarjeta en que remataban los festones; y así enlazados unos con otros, retocados de oro y plata, circuían toda la iglesia.

Siguiendo con la decoración de la iglesia, se habían eliminado las celosías de las tribunas y las paredes del fondo estaban cubiertas de lujosos tapices y en el centro había una araña con velas para iluminar dichos tapices que, vistos desde la nave del templo, semejabán nuevas arquitecturas. En el altar mayor se situó una perspectiva que ocupaba todo el espacio del presbiterio y se alzaba hasta la bóveda, rematada con una gloria transparente e iluminada, en la que se descubría la imagen del patriarca de la orden, San Ignacio de Loyola. En dicha perspectiva se figuraban ocho pilastras de variados jaspes, con basas, capiteles, cornisas y todos los elementos propios de la arquitectura, sobre los que había la representación de ocho Virtudes, cada una con su atributo correspondiente. También había seis columnas figuradas que imitaban el lapislázuli, en las que se colocó, como si fueran de bronce dorado, seis santos de la Compañía: San Francisco Javier, San Francisco de Borja, San Juan de Gotto, San Pablo Miki, San Diego Quisay —siendo estos tres jesuitas japoneses que habían sido crucificados en 1597 y que no serán canonizados hasta 1862— y el Beato Juan Francisco Regis —que será canonizado en 1737. Había aún:

...otras dos columnas y dos pilares llanos de claro jaspeado azul, sobre que cargaba una primorosa cornisa, de que arrancaba el arco principal de la perspectiva, cuyo fondo era un cielo a lo lejos con variedad de ángeles con instrumentos músicos, tan bien expresados, que vistos entre abultadas nubes, al pálido latir de las luces, que en inmenso confuso vulgo reverberaba, parecían moverse con ademanes festivos de su alborozo.

En el plano perpendicular de esta «perspectiva» o decorado, se colocaron las estatuas de San Luis Gonzaga, en la parte del Evangelio, y San Estanislao de Kotska, en el lado de la epístola, las dos imágenes arrodilladas hacia una estatua de la Virgen, situada en el centro y colocada en un trono adornado de serafines que revoloteaban entre nubes.

Aparte del altar mayor, las capillas laterales, cinco a cada lado, se adornaron con las colgaduras correspondientes, suspendidas de una grapa situada en el centro del arco de entrada, adornada a su vez con ramos de laurel y recogidos en cada pilastra con dos tarjas doradas y dos grandes cordones de seda, formando una majestuosa tienda o dosel en cada capilla. Sobre cada altar se colocó un cuadro de doce palmas, cada uno de los que representaba escenas correspondientes a la vida de los dos santos canonizados. Las capillas de la parte del Evangelio ponían su acento en la hagiografía de San Luis Gonzaga, mientras que las de la Epístola lo estaban a San Estanislao de Kotska.

Así como ejemplo, por lo que respecta a las capillas de la parte del evangelio, en la primera se retrataba a San Ignacio de Loyola flanqueado por San Estanislao de Kotska y San Luis Gonzaga, mientras que en la segunda se veía a San Luis Gonzaga en el interior de la carroza que había quedado atrapada en el río Tessin, junto a su hermano y a su preceptor —refiriéndose a uno de los episodios más tempranos de su vida—; en la tercera se veía a San Luis Gonzaga arrodillado ante la imagen de la Virgen, a la que se consagró ya desde su primera juventud. En la cuarta capilla se representaba su admisión a la Compañía de Jesús con el beneplácito de su General, Claudio Acquaviva y en la quinta se veía la aparición de San Luis ya en la gloria a su madre moribunda, a la que recobró la salud; en un ángulo del cuadro se veía la imagen de la madre, ya curada, arrodillada ante el altar en el que ya se veneraba la imagen de su hijo, adorando su reliquia.

En la parte de la Epístola, en la primera capilla se colocó el retrato de los dos santos jóvenes y vestidos de seglar, arrodillados ante una imagen de la Virgen; en la segunda se veía a San Estanislao vestido de peregrino cruzando un río; en la tercera había un retrato que representaba la aparición de la Virgen a San Estanislao, mientras Santa Bárbara, situada en un ángulo del cuadro, le llevaba la Eucaristía como premio a su devoción, con la compañía de un grupo de ángeles. En la cuarta capilla se representaba a San Francisco de Borja admitiendo en la Compañía de Jesús a San Estanislao y siendo este llevado al cielo para asistir a la fiesta de la Asunción de la Virgen. Finalmente, en la quinta capilla se veía arrodillado a Iván Casimiro, rey de Polonia, que poniendo la espada y el bastón de mando sobre el altar de San Estanislao, le pedía protección para su ejército, que iba a luchar contra los turcos.

El claustro también estaba adornado con colgaduras de terciopelo y damasco carmesí, sobre las que había papeles pintados en los que se leían ingeniosos jergológicos, empresas, emblemas y poesías. La misma congregación de estudiantes, que ya se había encargado de adornar el claustro, se aplicó también en la decoración del edificio de la propia Congregación, es decir, la Residencia. Entoldaron el Aula Magna —que tenía la disposición de iglesia, con cinco capillas a cada lado y tribuna superior— con colgaduras de terciopelo y damasco carmesí, con bandas de plata y vistosos tapices, que con dos frisos de terciopelo bordado en hilo de oro en relieve, formaban un taraceado de cuadros simétricos. Levantaron un altar de orden corintio con cuatro pedestales de mármol, zócalos, molduras y basas que imitaban el bronce. De columna a columna arrancaban seis arcos, sobre los que se formaba una cúpula con ventanas ovales, todo ello imitando varios tipos de jaspe, mármol y lapislázuli, y coronaba toda la estructura una gloria entre la que se

descubría la estatua de San Ignacio de Loyola, vestido de sacerdote y rodeado de ángeles músicos. Flanqueaban el altar dos columnas con ángeles de tamaño natural, delicadamente encarnados y estofados, cada uno con una antorcha en la mano. En el centro de la nave se dispuso en la parte alta otra gloria, en el centro de la que se representaba a la Virgen María, rodeada de ángeles y serafines, con la figura de San Luis Gonzaga contemplando el prodigio, mientras que otra figura, revestida con capa pluvial, tiara y llaves, representaba la Santa Iglesia, que se dirigía a su vez a un grupo de estudiantes.

En el patio del mismo edificio o escuela se colocó un cuadro pintado con la figura de San Luis Gonzaga, arrodillado delante la imagen de la Virgen María y el Niño Jesús. Todo el patio se transformó en un jardín de forma ochavada y parcelada en medio de la cual había una fuente con una estatua de bronce; en cada ángulo del octógono había una pilastra que imitaba el lapislázuli, con capitel que imitaba el bronce y una estatua que parecía de mármol. Los parterres, delimitados por cañizares entretreídos de hiedra y mirto, que se mantuvo fresco mientras duraron las celebraciones —«más que trasplantada, parecía haber nacido en aquel sitio»—, formaban dibujos con hierbas y flores, formando los nombres de Jesús y María. Las paredes del patio estaban cubiertas de tapices y columnas y los arcos se revistieron con mirto, presentando sendos jeroglíficos alusivos a la belleza del jardín y en honor a San Luis Gonzaga⁸.

Todo el complejo jesuítico se erigía como emblema cuya captación era básicamente sensitiva, por lo que el poder, a través de los que era ficticio (como dichos efectos y decoraciones fastuosas) intenta sorprender y «persuadir» al espectador con elementos a la vez tangibles y espectaculares⁹. Es por ello que en el siglo XVIII —y a pesar que más adelante la Revolución Francesa intentará erradicar algunas fiestas asociadas en exceso al Antiguo Régimen—, se mantiene la idea de que la fiesta puede convertirse en un medio de propaganda y convicción y, también, en una plataforma simbólica de legitimación de la autoridad ante el pueblo llano. Es por eso que más allá de los muros del templo y la residencia, la canonización de estos santos jesuíticos se trasladó también a la calle, mediante un carro triunfal construido ex-profeso y convertido en escenario itinerante¹⁰.

El colegio de Montesión previno a sus expensas un carro triunfal que representaba un nave primorosamente pintada y adornada de hojarasca dorada. En la popa había una sirena que sostenía un tridente en su mano derecha y una bandera con el nombre de Jesús en la mano izquierda; la proa tenía retratado «*de valiente pinzel*» —según la relación— a San Luis Gonzaga con estandarte, capitaneando un tropel de estudiantes. Parece que los días previstos para las fiestas de canonización de dichos santos fueron muy convulsos por lo que respecta a la climatología, lo que sin embargo no impidió las celebraciones previstas, puesto que mientras los

⁸ *Relación de las fiestas con que el Colegio de Montesión...*

⁹ Triadó Tur, 1999, pp. 136-142.

¹⁰ María Bernal se refiere, según la crónica de Fernando Monforte y Herrera, a los once carros con sus máscaras correspondientes que, para celebrar la canonización de San Ignacio y San Francisco Javier en 1622, los jesuitas del Colegio Imperial de Madrid habían sacado a desfilar por la Villa «*mostrando a paisanos y foráneos el espectáculo de un Universo que se arrodillaba ante aquellos dos jesuitas, S. Ignacio y S. Francisco Javier, que oficialmente ya habitaban los cielos*» Bernal Martín, 2005-2006, p. 2.

propios jesuitas se mostraban indecisos sobre la conveniencia de sacar a la calle el carro y todo su séquito debido a la inestabilidad del tiempo, «quando se oyó delante la portería del Colegio un sonoro clarín, y a su son se ordenaron hasta treinta caballeros de la más acendrada nobleza de esta ciudad (...). Subieron al Carro cinco niños nobles, bellos como unos ángeles, hermosa y ricamente vestidos con trajes e insignias de lo que representaban; la vista de su donosura y garbo se llevó las atenciones de todos». También subieron al carro ocho músicos «de lo más selecto en instrumentos y voces» para cantar las letras con las que la Escuela Suarística celebraba la canonización de San Luis Gonzaga, «las que impresas en varios papelitos se franqueaban a la curiosidad de los que de entre los pies de los caballos las recogían».

El carro era arrastrado por cuatro animales de tiro y los seguían seis coches que llevaban a los prefectos de la congregación, directores de la fiesta y sacerdotes graduados. A las cuatro de la tarde se inició el paseo de la comitiva por las calles de la ciudad, hasta el palacio de Don Patricio Laules, Comandante del Reino de Mallorca, que esperaba a la comitiva junto con los miembros del Real Acuerdo. Todo el séquito de caballeros entró en la plaza del palacio, formando dos alas y dejando espacio en el centro para el carro y los coches. Los niños que iban en el carro hicieron su representación en la sala del palacio, recitando varios versos y representando a diferentes personajes: la sabiduría era encarnada por Pere de Veri, la Opinión Suarística por Joan de Sureda, la Teología por Joan Despuig, la Filosofía por Tomás de Çafortesa y, finalmente, la Retórica, por Marc Antoni de Net y Montaner. La siguiente parada la realizó la comitiva en el palacio del Señor Obispo, donde bajaron del carro solo tres de los cinco niños y de los coches los miembros del cuerpo de la congregación y escuela. A la salida del palacio empezó a llover de forma abundante y virulenta, con una gran tempestad que obligó a la comitiva a retirarse, repreniendo a la mañana siguiente su desfile por la ciudad. Se encaminaron al Ayuntamiento y después al palacio del Santo Tribunal de la Inquisición, volviendo finalmente toda la comitiva al colegio de Monti-sion¹¹.

Observamos una vez más como el papel que tendría el público en dicho evento sería el de mero espectador del paso del carro, puesto que las funciones y representaciones poéticas estarían reservadas a las altas dignidades eclesiásticas o sociales. Por ejemplo, se da cuenta del paso del carro por todos los conventos que le fue posible, pero que solo se paró —entrando también en el patio para hacer la susodicha representación— en el convento de las monjas Clarisas, por su vecindad al de Monti-sion. El papel del pueblo era, pues, fundamentalmente pasivo, lo que no impedía que precisamente la numerosa concurrencia fuese una buena ocasión para lanzar consignas en favor de las instituciones dominantes, teniendo pues estas fiestas también un carácter didáctico y doctrinal, junto a su función programática.

Los actos y realizaciones festivas serían un gran escaparate del poder, un gran anuncio, un cartel caleidoscópico que se introduce por todos los medios en el sentimiento popular, según palabras de Triadó, por lo que la función propagandística es vital, así como la doble función conmemorativa y mitificadora, que comportaba

¹¹ *Relación de las fiestas con que el Colegio de Montesión...*

la aclamación y la sublimación del poder y su ideología¹². Así, la relación cuenta como empezó a correr el rumor que el carro y sus integrantes harían su representación en la plazuela del convento de Montisíon, a la vista de todos, lo que finalmente se produjo como acto más esperado y de algún modo como «premio» a los que devotamente habían seguido la función de vísperas en el interior del templo.

Todo ello para contribuir, una vez más, a reafirmar el concepto de la función «reproductora» y de la función «re-estructuradora» del orden social, por lo que no han sido pocos los antropólogos que desde Durkheim no hayan visto en la fiesta —a parte de la reafirmación de los vínculos de cohesión comunitaria— la justificación y legitimación del orden, tanto social como cósmico. Un orden que se legitima incluso en las relaciones impresas de estas fiestas como un acto casi de justicia poética. Veamos como ejemplo otro fragmento:

Hasta aquí todo había sucedido con felicidad; más al concluirse el alegre bullicio de los fuegos, corrió la triste noticia de haber perdido D. Juanito Sureda en el paseo una de las muchas joyas que llevaba, apreciada en mil pesos; fue el sentimiento universal por recaer en un niño, cuyo padre por las prendas que constituyen amable a un caballero, le hazen bien visto en toda la isla; (...) y los Padres de la Compañía, a quienes hirió más de lleno lo sensible de este golpe, por lo que se dexa ver y aún por lo que se dexó oír, procuraron empeñar a San Luis, tomasse a su cargo el que compareciera la joya antes de finalizarse sus fiestas.

Y como no podía ser de otra forma, la joya apareció por fin entre muestras de júbilo como colofón a las fiestas. El hecho «milagroso» de recuperar una o más joyas «de precio» se reproduce en otras celebraciones similares, como la fiesta acaecida en Valencia en motivo de la beatificación de San Luis Beltrán, cuando se sacó una imagen de Santo Domingo en procesión adornada con joyas valoradas en sesenta mil ducados, que volvieron intactas al convento. También en Valencia y en el año de 1727, en motivo de las fiestas celebradas en el convento de Santo Domingo por la canonización de Santa Inés de Montepulciano y la beatificación de los santos Dalmacio Moner, Columba de Reatti y Lucia de Narni, la imagen de esta última se cayó al suelo cuando estaba a punto de entrar en el convento de las Madalenas. La imagen de la beata iba adornada con joyas y atuendos ofrecidos por el Marqués de Quirra y de Nules, pudiéndose recuperar todas del suelo¹³. En definitiva, todas estas joyas fueron halladas intactas sin que persona alguna se hubiera apropiado de ellas, lo que remite al mismo carácter providencial al que no es ajena la intervención de los santos.

De este modo, así como los afortunados albañiles, carreteros u otras personas vinculadas a la construcción de nuevos templos y que a menudo salvaban la vida de forma milagrosa después de gravísimos accidentes, aquí el vínculo con lo sagrado mediante la participación en su fiesta, había obrado también el milagro en Palma de Mallorca, con la aparición intacta de una joya «de precio» entre la plebe que, si bien admiraba fascinada las iluminaciones, fuegos y procesiones ostentosas, arrastraba consigo numerosas penurias y bien hubiese podido sucumbir a la ten-

¹² Triadó, 1999, pp. 136-142.

¹³ Carreres Calatayud, 1949, p. 22.

tación de apropiarse de dicho precioso objeto. La relación describe el hallazgo de esta forma:

Fue esto dignísimo fin de celebridad tan grande, pues movidos de no se que impulso superior, convinieron los padres jesuitas en que el repique de sus campanas y disparo de morteretes publicara su alegría; conmoviose la ciudad al clamoroso, y ardiendo en deseos de saber el motivo de aquella novedad, entre inquietas preguntas acudieron los curiosos al Colegio a averiguarlo; y hubo poco que hacer en responderles, pues executó este trabajo la universal alegría, que a gritos daba bien a entender que todos tenían parte del gozo por haberse hallado la joya, como por haberse perdido tuvieron sentimiento.

Por todo ello, aunque las fiestas constituyen caminos de desahogo ritualizado de todos aquellos deseos insatisfechos o actos placenteros no llevados a cabo a diario, y a la vez, en tanto que colectivas, reconstituyen de nuevo la estabilidad y el orden social.

Concluimos, por todo ello, que la consideración del complejo jesuítico y sus fiestas como emblema puede analizarse en dos planos: el visual, sensualista y persuasivo —representado por la magnificencia del ornato del templo y adyacentes— y en un plano didáctico y moralizante, a través del relato de la joya perdida y finalmente —como en las historias con final feliz— recuperada.

BIBLIOGRAFÍA

- Bernal, María, «El triunfo de San Ignacio y San Francisco Javier», en *TeatrEsco. Revista del Antiguo Teatro Escolar Hispánico*, n° 1, 2005-2006.
- Bravo Lozano, Jesús, «Canonización y canalización. Las fiestas en honor de S. Luis Gonzaga y S. Estanislao de Kotska en Salamanca», en Margarita Torrión (ed.), *España festejante*, pp. 117-125.
- Carreres Calatayud, Francisco, *Las Fiestas valencianas y su expresión poética (siglos XVI - XVIII)*, Madrid, Diana Artes Gráficas, 1949.
- Cuesta García De Leonardo, M^a José, *Fiesta y arquitectura efímera en la Granada del siglo XVIII*, Granada, Universidad de Granada, 1995.
- Escalera Pérez, Reyes, *La Imagen de la sociedad barroca andaluza: estudio simbólico de las decoraciones efímeras en la fiesta al-andaluza: siglos XVII y XVIII*, Málaga, Universidad de Málaga, 1994.
- Martí Bonet, Josep Maria, *Betlem. Quatre segles a la Rambla de Barcelona*, Barcelona, Generalitat de Catalunya, 1993.
- Perelló Ferrer, María Antonia, *Esglésies dels segles XVII i XVIII a Ciutat de Mallorca*, Moll, 1985.
- Relación de las fiestas, con que el Colegio de Montesión de la Compañía de Jesús de Mallorca ha celebrado la solemne canonización de San Luis Gonzaga, y San Stanislaw Kostka...*, Mallorca, Geronimo Frau, 1727, Manuscrito signatura 15-III-51 de la Biblioteca de Catalunya.
- Triadó Tur, Joan-Ramon, «La festa i les manifestacions efímeres a la Catalunya del segle XVIII», en *Miscel·lània en homenatge a Joan Ainaud de Lasarte*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1999, pp. 136-142.